

Rimembranza. Op. 88.—Inspiración melódica tan tierna como poética. Mediana dificultad; pero de ejecución que exige extremada delicadeza.

Thème varié. Op. 89.—Variaciones escritas, con elegancia y sin afectación, sobre un tema que acusa cierto sabor arcaico. Deliciosa la última variación ideada sobre un extenso *trinado* del mejor y más poético efecto. Obra, en suma, que respira lozanía y juventud.

Hasta aquí nuestra prolongada enumeración.

Réstanos, para concluir estos imperfectos apuntes, exponer el deseo de que la obra de Cecilia Chaminade se difunda en México y se conozca estimándose como lo merece. ¡Ojalá que el ejemplo de tan simpática compositora despierte el interés de las artistas mexicanas y las estimule á consagrarse á un ramo del arte que es, sin duda alguna, el más alto, el más sublime entre todos, y que enaltece y encumbra á quien lo cultiva con amor y con fe!

Septiembre 1º de 1898.



EDUARDO GRIEG.



A reciente ejecución de una *Suite* de Grieg, en el concierto dedicado al Sr. Presidente de la República, nos ha sugerido la idea de consagrar al genial compositor el presente artículo, en el cual—lo anticipamos desde luego—nos proponemos únicamente bosquejar á grandes rasgos la figura del artista; pero quedaremos satisfechos si en breves palabras logramos comunicar al lector la admiración que nos inspira uno de los compositores más celebrados de la época contemporánea.

Comencemos por extractar algunos apuntes biográficos de la obra de Closson, la más completa y justiciera de las pocas que á Grieg se han consagrado:

Eduardo-Hagerup Grieg nació en Bergen, en Noruega, el 15 de Junio de 1843.

Su padre, Alejandro Grieg, desempeñaba en Bergen las funciones de Cónsul, y fué su madre, excelente pianista y profunda conocedora del arte, quien le inició en los elementos del solfeo y del piano. Las facultades del niño se desarrollaron tan precozmente que, siendo pequeñito aún, presentó cierto día al maestro de escuela su primera composición: unas variaciones sobre un tema alemán. Aunque la acogida que entonces recibió no fué para alentarlo, perseveró con ahinco en el estudio, y fueron sus progresos tan palpables que, cuando en 1858 regresó á Bergen el célebre violinista Ole Bull, quedó maravillado del talento manifestado por el joven en los ensayos que le mostró, y comprometió vivamente á sus padres á enviarle al Conservatorio de Leipzig. El consejo no fué echado en saco roto, y el mismo año ingresó Grieg al renombrado plantel.

Fueron tales su ardor para el trabajo y el encarnizamiento con que se consagró al estudio, que su salud se quebrantó profundamente. A la edad de diez y siete años contrajo una peligrosa inflamación en el diafragma que le obligó á regresar á Bergen en busca de salud; pero pocos meses después ocupó nuevamente su puesto en el Conservatorio á donde permaneció hasta 1862.

Por entonces, deseando vivamente conocer á Gade, el famoso compositor dinamarqués, dirigióse á Copenhague, lugar en el cual produjo sus primeras obras.

En Copenhague también trabó íntima amistad con Ricardo Nordraak, cuya personalidad musical, independiente y originalísima, ejerció sobre él una influencia que le reveló el alcance de su talento y su verdadera misión artística. Por indicación de Nordraak, Grieg profundizó la literatura y música populares, á las cuales debe sus mejores inspiraciones y la originalidad de su genio. El mismo Grieg confesólo alguna vez: "Cayeronme las escamas de los ojos—ha dicho—por él aprendí á conocer los cantos populares del Norte y aún mi propia naturaleza. Nos conjuramos contra el *escandinavismo* afeminado de Gade, empañado por Mendelssohn, y penetramos con entusiasmo en la nueva vía que marcó el derrotero seguido hoy por la escuela del Norte.

En 1867 fundó en Copenhague una sociedad musical, que aún florece, y en seguida se dedicó á la vida errante del viajero visitando la Alemania, Italia, Inglaterra, París y Bruselas; trabó amistad con los mejores artistas, contándose entre otros al ilustre Liszt, é hizo conocer personalmente varias de sus composiciones, figurando

entre ellas su grandioso *Concerto* de piano, que fué ejecutado en 1879, en la sala *Gewandhaus* de Leipzig.

En la actualidad se ha fijado en Bergen, su ciudad natal, en cuyos alrededores ocupa una encantadora *villa*, en la cual recibe á sus amigos íntimos y á los artistas extranjeros que desean visitarle.

Grieg lleva una vida tranquila y retirada; rara vez se le vé de paseo y su presencia ante el público sólo se justifica por alguna solemnidad musical ó la ejecución de alguna de sus obras.

Contra lo común y en pugna con el proverbio, Grieg es profeta en su país. Goza entre sus compatriotas de una gran popularidad; es honrado por ellos, pues ven en él, no solamente al creador de tantas obras soberbias y encantadoras, sino al compositor verdaderamente nacional, al ciudadano que ilustra á su patria, no tanto por haber nacido en ella, cuanto por la filial ternura y la autoridad con las cuales hace brillar con brillo tan intenso el arte popular de su país.

No es de extrañarse, pues, que el Rey Oscar II, le haya asignado — lo mismo que á Svendsen — una pensión anual: merecida es tal distinción, puesto que justamente le estima como uno de los más firmes sostenes del arte nacional. ¡Oh! si en

otros países los gobernantes obrasen de igual suerte y considerasen el Arte, no como frívolo entretenimiento, sino como elemento civilizador; ¡cuántas inteligencias brotarían de la obscuridad y qué fuerza y qué esplendor adquirirían las que carecen de todo estímulo y de toda protección!

* * *

Lo que sorprende y cautiva desde luego en la totalidad de la obra musical de Grieg es su vivo color local, el sabor netamente nacional de las melodías, la independencia resuelta de la armonización que es acusadora de verdadero ingenio, y un ambiente particular de poesía y sentimiento que se desprende de ella y nos subyuga y nos embriaga por más que opongamos resistencia.

Grieg es un músico-poeta en toda la extensión de la palabra, y por eso se impone con un doble poder cuya posesión debería estar en manos de todos los compositores, pero que desgraciadamente es sólo del dominio de unos cuantos.

Tómese al acaso cualquiera de las obras para piano que figuran con abundancia en el catálogo general de las composiciones de Grieg, y des-

pués de una ejecución esmerada y *bien sentida*— esta es la condición principal—dígase si quien así escribe y expresa de tal suerte sus pensamientos no es un verdadero músico-poeta que emociona y evoca en nuestro sér la visión de esas imágenes intangibles y soñadoras que emergen de las fantásticas leyendas de los países escandinavos.

Recórranse la obra 3, por ejemplo, las encantadoras *Imágenes poéticas*, que comprende seis números á cual más deliciosos; las *Humorescas*, op. 6, en las cuales descuella un *Tempo de Minuetto* escrito con galanura y gracia inimitables, y el cuarto número, final de la serie, fuertemente impregnado de sabor noruego; las *Hojas de Album*, op. 28, cuyo segundo número, una sentida romanza, conmoverá á los más insensibles; las *Improvisaciones*, op. 29, llenas de verba y colorido; la obra 19, *Escenas populares*, una de las más características y pintorescas; la Balada, op. 24, en la cual está empleada la forma de variaciones, con amplitud, elegancia y novedad tales, que nos inducen á calificarla como la mejor producción de Grieg para piano; por último, la numerosa colección denominada *Trozos líricos*, en la cual habría que entresacar una multitud de fragmentos recomendables por las cualidades señaladas en las anteriores, amplificadas con una expresión fiel y constante de los diversos asuntos aprovechados por el compositor.

Pero si poético es Grieg en esas composiciones para piano escritas en su mayoría sobre asuntos descriptivos que hasta cierto punto determinan la forma de la obra, ó con la intención prefija de exaltar determinado sentimiento, lo es mucho más, en grado superlativo, en sus deliciosas melodías para piano y canto, que deberían estar en manos de todo cantante serio y verdaderamente artista. Y hacemos esta salvedad porque las obras referidas serían poco menos que inejecutables para las medianías, los aficionados bisoños é inexpertos, y aún para muchos que *modestamente* se titulan artistas, por titularse de alguna manera y que en la práctica revelan la más supina y censurable ignorancia. Estos no podrían ejecutar, ni comprender, ni interpretar semejantes obras que requieren un dominio absoluto de todas las dificultades de entonación, y un sentimiento musical bien ejercitado.

En este género íntimo y delicioso magistralmente tratado por Schubert, Schumann y Brahms, ha producido Grieg en abundancia y sobresalido al lado de tan insignes maestros. El catálogo de melodías para piano y canto comprende aproximadamente un centenar de números escritos preferentemente sobre textos noruegos y alemanes. En la actualidad el editor Peters ha publicado versiones francesas, italianas y aún españolas, que sin duda alguna favorecerán la difusión de tan encantadoras producciones.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1525 MONTERREY, MEXICO

El espacio nos falta para hacer de ellas minuciosa enumeración; sin embargo, señalamos algunas á la atención del lector, encomiando calorosamente la fluidez y frescura de las melodías; la riqueza de la armonización, siempre curiosa y original; la variedad de los acompañamientos, y ante todo, la feliz interpretación de los textos.

He aquí los nombres de las principales:

Die Prinzessin, escrita en 1781; *Dem Lenze soll mein Lied erklingen* (1872), en la cual aparece una pasajera reminiscencia de un motivo tratado en la obertura *Im Herbst*; *Die Odaliske* (1870); *Des Dichters Herz* (1864); *Herbststurm* (1865), admirablemente escrita sobre un motivo que el autor aprovechó más tarde en la obertura arriba mencionada; *Erstes Begegnen* (1870), melodía transcrita, con exquisito gusto, para orquesta de arcos; *Solvejs Lied* (1874), aprovechada en el final de la segunda *Suite* ejecutada en el último concierto; *Hoffnung* (1876); *Geschieden!* (1876), llena de amargura y sublime en medio de su pequeñez; *Zwei braune Augen* (1863), concebida en el gusto de Schumann; *Der Frühling*, transcrita para cuarteto de cuerda; *Auf der Reise zur Heimath*, francamente melódica y armonizada con tierna melancolía; *Mein Ziel*, construida sobre una fórmula melódica favorita de Grieg; *Vom Monte Pincio*, una de las más extensas y más admira-

blemente inspiradas; *Die Poesie* y la *Berceuse de Solvejs* que figura en la música de escena escrita para el *Peer Gynt* de Ibsen.

Descuella en todas ellas la personalidad de su autor con sus caracteres rítmicos, melódicos y armónicos, su sensibilidad exquisita y su asimilación del sentimiento popular; mas, si hubiesemos de buscar el ascendiente de compositor determinado, no vacilaríamos en citar el nombre de Schumann, refiriéndonos con especialidad á las primeras obras. Véase la obra 2— cuatro *Lieder* para contralto sobre textos de Heine y Chamisso, dos poetas favoritos de Schumann—y se observará que es justa nuestra aseveración.

Al recorrer el catálogo de las producciones de Grieg, sorprende la variedad de los géneros tratados por el compositor. Figuran en él preferentemente las composiciones para piano solo, y piano y canto que acabamos de revisar; con menos abundancia las de música de cámara, y ocupando un último lugar, las de mayor importancia y dimensiones, que comprenden diversas obras para orquesta, solos, coros y orquesta y melodramas.

Como Schumann, también Grieg parece complacerse en la producción de esas delicadas filigranas, llenas de encanto é ingenuidad, que parecen confesiones íntimas del corazón del artista; como el maestro de Zwickau, es grande en lo pequeño, porque el mérito no está en razón directa

del número de páginas escritas. Empero, en composiciones de mayor empuje, Grieg amplifica proporcionalmente sus méritos, y ya sea que vacíe su inspiración en los moldes neo-clásicos, que la ejercite en los dominios de la música pura, que la matice pintorescamente con los múltiples timbres de la orquesta ó que la sujete á un programa determinado, es siempre el músico original, exquisito y poético, cuyo genio todos reconocen. Su tratamiento vocal, audáz hasta la temeridad, está todo indicado en sus *orfeones*, para voces masculinas (op. 30); la voz humana es para Grieg un instrumento y de él se sirve para expresar y para sorprender, porque los efectos que obtiene son absolutamente nuevos y originales.

Recomendamos la lectura de sus *orfeones*, que no vacilamos en calificar de *únicos* en su género; ya sería otra cosa si hubiesemos de recomendar su ejecución, pues, desgraciadamente en México no encontrarían intérpretes adecuados, solistas de primera fuerza y artistas avezados á tales dificultades.

El análisis de la música de cámara y sinfónica sería tarea compleja é impropia de estos ligeros apuntes, no la acometemos, pues, por ahora, pero la reservamos para más tarde. Baste á nuestro propósito el señalar á la atención del lector aquellas que se han ejecutado en México: la obertura *En el Otoño*, el *Concerto* de piano, op. 16 y las *Suites* primera y segunda, forjadas con elemen-

tos de la música de escena para el *Peer Gynt* de Ibsen. En ellas se revela Grieg admirable colorista, profundo conocedor de la orquesta y tan genial y novedoso como en las composiciones de menor magnitud.

Por el momento es tiempo de poner punto final.

Y puesto que el concierto recientemente verificado, sirviéndonos de pretexto para trazar estos renglones, justo es que concluyamos dirigiendo una felicitación á sus organizadores, no tanto por el resultado obtenido, sino por la importancia y la significación que envuelven solemnidades musicales de tal naturaleza. Antes se festejaba á los magnates con banquetes, saraos y simulacros; ahora se recurre, con notable acierto, al Arte que emociona, deleita y civiliza. Este es un síntoma de progreso que merece nuestro más sincero aplauso.

Es altamente consolador que el Arte comience á ocupar en nuestra vida social el puesto que le corresponde, y ¡ojalá que siempre se festejase á los grandes proporcionando algún deleite intelectual á los pequeños!

Octubre 15 de 1898.

